

HOMILÍA MONS. GALO FERNÁNDEZ VILLASECA

07 de julio en eucaristía bienvenida en Templo Catedral de Talca

Saludo con afecto y gratitud a todos los que nos acompañan, participan de esta celebración de la Iglesia de Talca. Las autoridades, los fieles laicos de las distintas comunidades del campo, de la costa, de los pueblos y ciudades de esta hermosa diócesis de San Agustín de Talca; a los agentes pastorales, a los miembros activos de las más diversas comunidades, a las religiosas, los ministros enviados, los diáconos y los queridos sacerdotes, a todos les agradezco su participación en esta Eucaristía de acción de gracias a Dios, por Jesucristo el buen pastor, el único Pastor del rebaño de Dios en la Iglesia, el que ha dado su vida por nuestra salvación y nos enseña en qué consiste ser pastor. El Buen Pastor que no nos abandona y sigue acompañando a su pueblo de muchos modos, entre ellos por este ministerio pastoral que el Papa Francisco me ha confiado para ser padre y pastor en calidad de administrador apostólico de esta diócesis de San Agustín de Talca.

Crisis dolorosa para renovar las confianzas y el vigor misionero

No puedo, ni podemos desconocer el contexto de este cambio en el gobierno pastoral de la Iglesia de Talca, que es un momento complejo, doloroso, no sólo de la Iglesia diocesana, sino de la Iglesia chilena en su conjunto. Un momento que no debemos dudar en llamar por su nombre: una fuerte, dolorosa y grave crisis. Tal vez de las más fuertes que ha vivido nuestra Iglesia de Chile. Con todo tendremos que esperar el tiempo para mirar con perspectiva y tal vez reconocer cómo la vida de la Iglesia, una y otra vez, enfrenta crisis y que las crisis son también momento de crecimiento, de purificación. Ciertamente ésta, una crisis gravísima, porque ha afectado algo tan esencial en las relaciones humanas, en las relaciones de una comunidad y de esta comunidad con el mundo al que sirve. Ha afectado la credibilidad. Pero no debe ser sólo ello lo que más nos duela, sino fundamentalmente el hecho de que ha habido grandes faltas que constituyen delito, en la cual ha habido víctimas que cargan con dolorosas heridas, debido—qué dolor y qué vergüenza decir—por los abusos que han recibido de parte de ministros de la Iglesia. También por el no reconocimiento de su condición de víctimas de la Iglesia en su conjunto.

Por ello, en medio del dolor y la confusión que hemos vivido, sea bienvenida la invitación del Papa Francisco a remecernos, a vivir **un tiempo de conversión para reparar el mal causado, restablecer las confianzas y así renovar el vigor misionero**, el camino de servicio al mundo que es nuestra más profunda vocación.

Misión Pastoral y memoria de la Iglesia

Asumo este cargo con profunda humildad. No me considero el más preparado para esta misión, por el contrario tengo plena conciencia de mis propias limitaciones, por ello, **sólo puedo presentarme como vasija de barro**, pedir la colaboración y la oración de

todos ustedes. Tengo por otra parte un aprecio inmenso por esta Iglesia de Talca. Sí, por haber ejercido el ministerio sacerdotal en ella, sin ser parte de ella. Me sorprende recordando las abundantes ocasiones y oportunidades que Dios me ha concedido, en su Providencia, para conocer, querer y valorar la riqueza original de esta Iglesia. En esta hora, y juntos somos convocados a un camino de purificación y sanación, creo que corresponde apelar a lo mejor de la memoria de esta Iglesia, a esos grandes rostros con que Dios la ha enriquecido, a lo largo de su historia, y han partido al encuentro del Señor, pero siguen siendo desde el cielo parte viva de esta comunidad diocesana. Me refiero por cierto a don Manuel Larraín, a don Carlos González de quien me declaro nieto por el vínculo que mi propio padre tuvo, el vínculo que pude establecer desde él con el querido don Carlos; a la madre Irene, al siervo de Dios padre José Cappel, del cual tengo la alegría de contarles que esta misma semana ha llegado desde Roma una comunicación oficial de la Congregación para la causa de los santos, informando de que no hay obstáculo para continuar con su proceso de beatificación; en fin, el huaso Correa, el padre Guido Lebet, el primer diácono permanente de América Latina, don Samuel Rebolledo, y también los diáconos Agustín Vial y don Germán Oyanedel, con quien tuve el privilegio de hacer varias veces misión. Estoy seguro que hay muchos más. Estaré atento de escuchar los nombres de hombres y, sobre todo, de mujeres que humildemente prestan sus servicios en el tejido de las comunidades de esta Iglesia. A todos ellos nos confiamos y nos encomendamos en su oración e intercesión. Todos ellos nos recuerdan la belleza del tesoro que ha sido confiado en nuestras manos, nosotros vasijas de barro, no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo y a su Reino.

Misión de la Iglesia

El mensaje, todavía más, el misterio del cual somos testigos e instrumentos es un don precioso, no sólo para nosotros sino también para todos los hijos de esta tierra, por ello, nuestra fragilidad no puede dejarnos encerrados y abatidos. El Señor Jesús nos llama a ponernos al servicio del Reino de Dios, su Reino que es anuncio bienaventurado; su Reino que es Palabra tan esperada por los pequeños y sufrientes de esta tierra; su Reino que es esperanza y consuelo. Es Él quien sana nuestras heridas para ponernos a trabajar en beneficio de tantos hombres y mujeres que caminan heridos en medio de nuestro tiempo. No tenemos derecho a ocultar esta presencia maravillosa que nos supera. Dios sigue actuando en nuestro mundo, y nos llama, nos convoca para ser servidores de su Reino. Por su acción, los pobres encuentran la alegría que buscan; los que sufren encuentran el consuelo que esperan; los mansos, sí, los mansos, no los prepotentes ni los violentos, adquieren la tierra en herencia; los que tienen hambre y sed de justicia son saciados, y en fin, los limpios de corazón no sólo ven a Dios, sino que pueden ser reflejo de su rostro paternal. Humildemente, pero con entusiasmo y alegría vengo a poner toda mi fuerza al servicio de esta causa, la causa de Jesucristo y su Reino, y para ello los convoco a renovar con alegría el entusiasmo misionero. No se trata —no nos equivoquemos— **tan sólo de recuperar el prestigio de la Iglesia, una causa muy menor, sino de cumplir la misión que nos ha sido confiada, misión preciosa y tan necesaria en este tiempo convulsionado de la historia,** tiempo en que paradójicamente tenemos tantos medios

tecnológicos; tenemos tantas posibilidades y riquezas mundanas y, sin embargo, parece que todo ello no nos alcanza para ser más felices, al contrario, pareciera que vivimos más heridos por tantos desencuentros y, que es verdad, cuando dejamos de reconocer a Dios como Padre bondadoso, dejamos de vernos como hermanos, y empezamos a ser unos con otros una amenaza, un enemigo o un extraño, y así quedamos sumidos en el desaliento y la tristeza de una soledad infinita. Sólo Dios puede saciar el hambre de amor que late en nuestros corazones.

He recordado lo mejor de la historia de esta Iglesia de Talca. Sé muy bien que Ella no es sólo pasado. En esta hora de dolor, tu riqueza interior y profunda no ha dejado de manifestarse y de sostener a esta Iglesia de Talca. Son las fuerzas vivas que no se han dejado arrastrar por el desánimo y el abatimiento. En estos pocos días he podido escuchar del compromiso y la pasión, el amor vivo por Jesucristo y su Iglesia, del deseo profundo de servir a los más pobres y pequeños. En muchos laicos, religiosas, sacerdotes, en los ministros enviados, un tesoro tan particular de esta Iglesia, en fin, me he enterado de tantas obras en la educación y la solidaridad. A todos ellos los convoco para que trabajemos juntos, para que el nombre de Jesús sea conocido, para que su Palabra nos anime y nos ponga al servicio de nuestro mundo. A don Horacio le debemos agradecer tantos años de entrega. En esta hora creo también que debemos agradecer su disponibilidad para dar un paso al lado, para dejar este servicio, pensando no en sí mismo sino en el bien de esta comunidad eclesial. Dios lo guarde. Que nuestro Señor Jesucristo, buen Pastor y su bienaventurada madre, la Virgen María, lo llenen de paz, de consuelo y esperanza. Tengo la convicción de que tenemos en deuda, porque corresponde expresarle toda nuestra gratitud.

Por mi parte, les pido me tengan paciencia, es largo el camino de debo recorrer para conocer toda la riqueza y todos los rincones de esta maravillosa Iglesia de Talca. A todos les pido que siempre hablemos con verdad y caridad. **Cuento con todos, ustedes pueden contar conmigo.**

Dios les bendiga.